

CAPÍTULO XXII. *De las presagiones y dedicaciones de los templos*



ENTRE LAS COSAS QUE LA DEVOCIÓN ANTIGUA de los hombres usó para conservar con puridad su inmunidad, fue dedicar a los dioses los templos y casas que les edificaban. Para lo cual primero levantaban sus figuras, echaban sus suertes, buscaban agüeros (que son adivinanzas supersticiosas) que favoreciesen su devoción e intento. Así lo leemos en Gelio, de sentencia de Varrón, haberlo hecho los romanos; y también Tito Livio, en sus *Décadas*,¹ lo dice de el rey Tarquino de Roma, para que con más seguridad se conservasen los dichos templos. Esto mismo sabemos haber hecho estos indios occidentales, cuando los que se llamaron mexicanos se apartaron de los culhuas, un poco apartados del sitio que ahora tienen, levantando un altar de papel a su dios Huitzilupuchtli, que les sirvió por entonces también de templo, para cuya erección y dedicación pidieron a sus vecinos los culhuas dichos, alguna cosa de agüero que poner en el dicho altar, para mayor certificación de su próspero suceso, como lo vimos más fundamentalmente en el libro de su historia.

Siendo pues agorado el lugar y construido el templo lo dedicaban diciendo ciertas palabras por la misma persona del pontífice y teniendo con sus manos las puertas del templo que consagraba y dedicaba, haciendo las casas particulares de los dioses, a los cuales las dedicaban para que no pudiesen ser profanadas de los seculares y gente lega. Y así dijo Quintiliano, en las *Declamaciones*,² ser la dedicación cosa que inducía a Dios y lo sentaba en su casa como en silla propia. Y Cicerón,³ en una de sus oraciones dice esto y otras muchas cosas concernientes y tocantes a las dichas, y otros muchos. Adornaban juntamente esta consagración y dedicación de templos con muchos sacrificios que hacían de diversos y varios animales. Y aunque la prueba de esto, para los que fueron de gentiles, están los libros de todos los historiadores antiguos muy llenos, para el de Dios la Sagrada Escritura⁴ nos lo dice y afirma, particularizando la mucha suma de ello que aquel día de su dedicación fueron muertos. Donde murieron veinte y dos mil vacas y novillos; ciento y veinte mil ovejas y carneros. Y cuando traían el Arca del Testamento venían haciendo sacrificios de estos animales sin número. Luego que pusieron el Arca en su lugar, dentro del *Sancta Sanctorum*, dice la Sagrada Escritura que se hinchó el templo de una niebla tan espesa que no veían los sacerdotes, para poder ocuparse en el sacrificio y ministerio de su oficio. Luego hizo Salomón oración a Dios y tuvo respuesta de él. Bendijo al pueblo con unas muy santas y paternas palabras. Y esto sólo sabemos que hubo en aquella fiesta, que duró por ocho días,

¹ Aul. Gel. lib. 2. cap. 10. Tit. Liv. Dec. 1. lib. 1. cap. 7 et 18.

² Quint. Declam. 323.

³ Cicer. Declam. Pro domo sua ad pontificem.

⁴ 3. Reg. 8.

los cuales pasados despidió el rey a toda la gente, la cual se fue por familias a sus ciudades y pueblos. Y de esta manera quedó consagrado y dedicado a Dios aquel templo, sin saber que hubiese otra cosa que se añadiese a esta dedicación.

Siendo pues éste el común uso antiguo de todas las gentes, en la dedicación de sus templos, no se contentó el demonio en las que estos desventurados indios occidentales hacían, de los que le dedicaban, con que muriesen los animales referidos; los cuales no leemos ni sabemos que por entonces los hubiese, aunque de otras especies muchas sí, de los cuales es creíble que sería la suma inmensa y sin número. Pero añadió el enemigo de la vida y descanso del hombre, que en los que se dedicaron en esta Nueva España fuesen las fiestas celebradas con animales racionales y capaces de razón, de los cuales en semejantes días morían muchos. En especial se dice, que cuando se dedicó el templo mayor de Mexico y fue en él puesta la estatua de Huitzilupuchtlí, murieron aquel día más de sesenta mil cautivos, celebrando con sangre humana las fiestas infernales y apagando con ella la sed de el demonio, que por ella bebe de ordinario los vientos. Dedicación de templo es ofrecerlo a Dios y estrenarlo en su servicio; y estos indios le dicen Teychaliliztli; y esto se hacía el primer día que se estrenaba con aquel intento y devoción de el pueblo y gastos de sacrificios y ofrendas. Y de allí adelante quedaba consagrado para no poder usar de él profanamente, guardándole respeto como a casa de Dios y palacio suyo, donde venía a dar sus oráculos y respuestas.

CAPÍTULO XXIII. *De los adornos y enramamientos de los templos*



ENTRE LAS COSAS TOCANTES y pertenecientes a los templos y lugares dedicados para el culto divino, fue una de las más antiguas y usada adornarlos de rosas y flores, como en demostración del contento y alegría que de aquel sacro lugar resultaba, por razón de aquel dios que en él tenía su asiento y silla. Y esto se hacía en algunos días de el año, en las fiestas particulares que a los dichos dioses estaban dedicadas y constituidas. Enramaban los altares, coronábanse los sacerdotes, y cantaban y bailaban, comían y bebían larga y abundantemente, como Tertuliano lo refiere. Y el elocuentísimo Paulino dice,¹ que tenían grandísimo cuidado los idólatras de barrer y limpiar sus templos (cual era razón que los cristianos lo tuviesen de hermosear sus conciencias, pues son templo de Dios vivo, como dice San Pablo).² Dice también que era muy de ver los quicios y umbrales dorados, cercados y rodeados de rosas y flores, esmaltado el suelo con sus varios y diversos colores, las puertas, columnas, chapiteles y torres tan cua-

¹ Tertul. lib. de Corona Militis. Paulin. in Natalis primo de Munditiæ, et 3. de Sertis, atque lucernis intra templum, et ad ianuas accensis.

² 2. Ad Cor. 6.